

—Teneis razon.

—¿Entonces el señor barón me promete?...

—Si, Fermín, os lo prometo. Hablaré.

—Doy mil gracias al señor barón.

—No os garantizo el éxito, porque como teneis rivales, pueden haberse adelantado á vos...

Fermín movió la cabeza, como el hombre que supone libre el puesto que quiere ocupar y se alejó repitiendo:

—Cuento con el señor barón. La pequeña escuchará á la señora.

—Es posible.

Fermín se alejó.

Cai sobre un banco rústico situado á la orilla del agua, apoyé los codos en las rodillas y cogí la cabeza entre mis manos.

## XI

Apenas me atrevo á confesar lo que sentí.

Fueron unos celos atroces, como si aquella muchacha me hubiera pertenecido, y una terrible ira contra el imbécil que se creía digno, no diré de disputármela, sino solo de pensar en ella.

Me parecía tan atrevido como si hubiera tenido la pretensión de canonizar á *Nuestra Señora*.

Diré más.

Me producía una impresión de disgusto como la que produce una babosa que se arrastra sobre un lirio.

¡El casarse con Ana-María!

Esto era una especie de sacrilegio, á mis ojos.

—Y ¿por qué no, después de todo?

¡Ella era de su categoría, de su clase... porque aun hay clases; estaban dedicados al

mismo servicio, les esperaba tal vez la misma suerte, el mismo porvenir!

¡Ana-María vivía entre aquellos criados, comía en su mesa, dormía en el mismo piso y tal vez se dejaría seducir por sus proposiciones y por la perspectiva de un casamiento que la asegurara un compañero, un apoyo!...

La proposición de Fermin era muy natural, y sin embargo me desesperaba.

Me había costado mucho trabajo contenerme delante de él, y el tono con que yo le contestaba hubiera sonado en sus oídos con alguna ironía, si el hubiera estado menos preocupado de su propósito y de la misión de confianza conque me honraba.

Yo estaba indignado por su audacia, y porque además me había hecho saber cosas que me hacían mucho daño.

Ana-María promovía una revolución entre los criados.

¡Su encanto tenía tanto atractivo que seducía hasta á aquellos brutos!

Desde que supe que eran mis rivales, no tenía bastante desprecio para ellos. ¡Como si sus derechos no hubiesen sido iguales á los míos!

Me levanté furioso al cabo de un instante.

Como Tarquino, decapité con mi bastón cuanto encontré á mi paso, y hubiera querido que lo que encontré fuera la cabeza de aquel idiota de Fermín, ó del estúpido cochero, que se permitían estar enamorados de mi estrella.

¿Por qué idiota? ¿Por qué estúpido?

En resumen eran buenas gentes, tan inteligentes como otras, bien formadas, de fisonomía simpática, y de quienes jamás había tenido que quejarme.

Y aun creo que me querían con sinceridad.

Yo no soy de esos que desprecian á las gentes que les sirven.

La suerte del nacimiento es quien hace únicamente los marqueses, los príncipes y los ricos.

Conozco ayudas de cámara y mozos de labranza que tienen más arrogancia que hijos de duques, y también mejor aspecto y mejor figura: al compararles con sus amos, se pregunta uno por qué milagro se han invertido los papeles, y si no es el amo quien debiera ser el criado.

Entre las mujeres la diferencia es menor aún: toda mujer joven, elegante y distinguida, tiene en su bolsillo sus futuros títulos de nobleza, títulos que una casualidad cualquiera puede hacer salir de él, como todo soldado del primer imperio tenía en la cartuchera su bastón de general.

Prueba de esto era la creciente pasión que se apoderaba de mí, hasta el punto de dominarme por completo y cuyo objeto era una pequeña bretona, sin un centimo, venida del fondo del Finisterre, y que un capricho de la suerte había empujado hacia mi casa, como un capricho del viento arrojaba la barca de su padre hacia alta mar ó hacia la costa.

Yo marchaba al azar, maquinalmente, acosado por mis desvarios, cuando á unos cien pasos de la puerta del castillo, estuve á punto de derribar á una persona que venía en dirección contraria.

Levanté la cabeza.

¡Era Virginia!

—Muy preocupado está el señor barón esta mañana—me dijo.

Mi primer movimiento fué de despecho, pero lo reprimí.

Ya os lo he dicho: detestaba á esa muchacha, y estaba seguro de que ella me odiaba cien veces más, sin que tuviera una razón para ello, tan sólo por instinto.

Pero ella podía darme algunos informes útiles.

Por otra parte, yo tenía necesidad de hablar con Ana-María.

En ciertos momentos, confiaría uno su amor á los árboles, á las fuentes, ántes que callarse.

Yo no quería confiar el mio á Virginia, pero me alegraba mucho de encontrar ocasión de hablarla de mi ídolo.

—¡Toma! ¿sois vos?—la dije.—Perdonadme. Estaba distraído.

—El señor barón no tiene necesidad de excusarse.

—Estaba pensando en una comisión que acaban de darme.

—¿Una comisión?

—Sí... y bastante delicada, por lo cual me alegro encontraros.

Virginia no ha sido fea. Aquellos á quienes les gustan las morenas, la hubieran encontrado muy de su agrado diez años ántes.

Alta, delgada, tiene elegante talle, posee el arte de la *toilette*, el talento de elegir lo que la favorece, y una cara de facciones delicadas y de espiritual malicia, en la cual lucen dos ojos negros de un fuego devorador.

Pero raya en los cuarenta, si es que no ha pasado ya de ellos.

Se seca de rabia.

La conduje con lentitud hácia el sitio de donde yo volvía, y cuando estuvimos algo distantes de la casa:

—Se trata de vuestra protegida,—la dije. Pareció querer recordar de quién se trataba.

—¡De mi protegida!—dijo.

—Sí, de Ana-María.

—¿Se ha fijado en ella el señor barón?

—No se trata de mí...

—Es muy buena, muy honrada y, en efecto, merece que se la proteja. Pobre chica, hermosa como es —porque cuanto más se la mira más encantadora se la encuentra— sin protección, estaría expuesta á tristes aventuras en París, que apenas conoce.

Virginia pronunció este corto discurso con un aire de inocencia muy engañador y muy hipócrita.

—Se presenta —repuse yo— una buena ocasión de que se libre de toda aventura.

—¡Bah!

—La piden en matrimonio.

—El señor barón me sorprende.

—Vos debéis saber algo de esto.

—Yo sé que la hace la corte más de uno... por galantería... ¿Cómo podría ser de otro modo? ¡Pero de eso al matrimonio!...

—¿De modo que nadie os ha hablado de esto?

—Nadie, señor barón,

—Hubiera creído que se habían dirigido á vos... desde luego...

—¿Quién?

—El cocinero... por ejemplo.

—A Marcelo no le gusta mas que burlarse de las muchachas.

—¿Creeis que no hay nada serio en ese asunto?

—¿Por partede Marcelo?... Sin duda; de no ser así oculta con mucha habilidad su juego.

—¿Y Desrosiers?

—¿El cochero de la señora baronesa?

—Sí.

Virginia se sonrió.

—No diré nada de nuevo al señor barón al decirle que Desrosiers es libertino como ninguno... En verdad, que si mi protegida, como la llama el señor barón, se prestara en lo más mínimo á escucharle, la llevaría más allá de lo debido, pero la creo demasiado juiciosa... demasiado razonable... en una palabra, no creo que pueda haber inteligencias entre ambos.

—¿Y Fermín?

—¡Oh! ese, yo no se lo hubiera dicho al señor barón, pero está literalmente loco por ella. Y eso no me extraña... ¡Si yo fuese hombre! Ana María es un modelo adorable. ¡Yo que la visto, sé algo de esto... ¡Una alhaja!...

—Fermín es un hombre que vale tanto como cualquier otro.

Virginia movió la cabeza.

—¿A vuestro parecer hay probabilidades?

—Ninguna.

—Sin embargo, tiene una fortunita, conozco sus economías... Además no es feo.

—¡Uf!

—En fin, ya no está en edad de cometer calaveradas.

—Sin duda.

—Me ha rogado que interceda por él. Vos podíais encargaros de esto, Virginia.

—¡Oh! el señor barón tendrá más autoridad que yo... Pero temo mucho que la gestión sea inútil.

—¿Por qué razón?

Virginia extendió las manos haciendo es gesto conocido que indica la ignorancia.

Yo la puse en un aprieto.

—¡Sed franca... Esa razón... debeis conocerla!...

—Si la conociera, no tendría motivo alguno para ocultársela al señor barón.

—La sospechais al menos...

—¡Un poco!...

—¡Sois muy inteligente... muy perspicaz!

—El señor barón me lisonjea.

—¿Cuál es vuestro parecer?

—¡Pues bien! voy á confiároslo, pero bajo el más profundo secreto, porque en el fondo la señora es muy severa... y además con una condición.

—¡Decidla!

—La de que el señor baron no ha de querer mal á esa pequeña, por quien tengo un vivo interés.

—¿Por qué la he de querer mal?

Virginia bajó la voz, y con mucho misterio añadió:

—Estoy casi segura de que tiene una pasión.

—¿De verdad?

—¡Muy grande!

—¿En qué lo conoceis?

—No lo sé.

—¿Pues entónces?...

—Está pensativa... Llorá á menudo cuando está sola... La he sorprendido llorando más de una vez. La he preguntado y no he podido sacarla una palabra. Eso no es natural, convendreis en ello. Temo que se deje seducir por alguno de los que la persiguen... Y eso sería una lástima... ¿El señor barón conoce el proverbio?... «Una perla...

—Muy bien.

—Es el caso más apropósito para aplicarlo.

—Tal vez. ¿De modo que suponeis que no aceptará á Fermín?

—Estoy segura de ello. Además, la he preguntado y no he conseguido nada. Si me permitiera el señor barón darle un consejo..

—¿Cuál?

—En el lugar del señor barón, he aquí lo que yo haría.

—Decid.

—La hablaría yo misma.

—¡Yo!

—Vos. Puedo enviárosla yo. La señora está en Trouville y no vendrá por lo menos hasta la hora del almuerzo! No son más que las diez. El señor barón tendrá tiempo de hablarla... Y entonces sabrá si en realidad puede tener Fermín alguna esperanza.

Yo me mostré indeciso.

En el fondo no lo estaba.

Virginia me sacó de apuros.

Me ofrecía un medio de asegurarme de los sentimientos de Ana María y de hablarla francamente, cosa que no podía hacer sin dificultad en aquella casa llena de gentes dispuestas siempre á ridiculizarlo todo y á entretener sus ocios murmurando de los demás.

—Teneis razón, Virginia,—la dije.—Enviádmela. Así sabrá Fermín á qué atenerse. Es preferible para ambos una situación clara... Id.

—¡Buena suerte tiene Fermín en tener un intermediario como el señor barón!—dijo.— Si Ana María accede, agradecido puede quedar porque no creo que piense ella en eso.

Se fué hacia la casa y poco después la ví que hablaba con mucha animación con la Bretona en una de las ventanas del primer piso. Ana María estaba vuelta de espaldas hacia mí y al poco rato desaparecieron ambas de la ventana.

## XII

Si no comprendí desde luego, la perfidia que había en las frases de Virginia, no tardé en pensar en ellas y en comprenderlo.

Pero sus sentimientos me eran conocidos y no me inquieté por esto.

En el fondo acababa de obtener más de lo que yo esperaba.

La conversación con Ana María calmaría mis secretos deseos y á Virginia era á quien se lo debía.

Aquella misma mañana me había preguntado yo por qué medio podría comunicarme con Anita.

El medio estaba hallado y salvadas las apariencias, dándome una completa libertad.

Por lo demás el tiempo era admirable y el sitio delicioso.

No hay muchos paraísos más encantadores que aquel pequeño parque de Lassey; la

atmósfera, refrescada por las brisas del mar y las corrientes aguas del arroyo, hacen de él un lugar encantador.

Al poco rato oí pasos detrás de mí y me volví.

Es pueril decir que una gran emoción oprimía mi pecho.

Era Anita quien se acercaba, vestida como todas las mañanas, con su vestido negro, un delantal blanco y una ligera cofia posada, si vale la frase, sobre sus cabellos de oro, como una mariposa sobre una flor.

Me detuve. Ella hizo lo mismo.

Estaba muy conmovida.

Yo estaba con seguridad tan conmovido como ella.

—¿Me ha mandado á llamar el señor barón?—me dijo.

Yo respondí con rudeza, como los tímidos que se muestran bruscos por ocultar su turbación.

—En efecto. Tengo que hablaros de cosas graves. Seguidme.

Los jardineros pasaban el rastrillo en los paseos, cerca de allí.

Penetré en el sitio más escondido del par-

que, y cuando llegamos á un macizo de arbustos que forma una especie de laberinto, me volví hacia la joven.

—Se me asegura que quereis casaros. ¿Es verdad?

Su pecho se hinchó. Trató de balbucear una respuesta; pero no pudo conseguirlo. La rudeza de mi voz la paralizaba.

Yo continué:

—Parece, además, que no careceis de pretendientes. Es una suerte en estos tiempos en que los maridos son tan escasos. No tendreis más inconveniente que el de la elección.

Bajó la cabeza y esperó.

Debía asfixiarse: toda la sangre de su corazón le afluía al rostro.

—Os aseguro...—murmuró.

—No necesitais disculparos. El matrimonio es lo mejor que existe para una joven de vuestra clase. ¡No representa tal vez el ideal de la felicidad; pero vale tanto, por las desdichas que puede evitar á una joven sola y sin posición!

Me embrollaba horriblemente; apenas pensaba lo que decía. Estaba absorto por una sola idea.



—¡La tengo aquí entre mis manos! ¡Nadie la arrancará de ellas!

Me había detenido á la espesa sombra de un castaño.

Durante un minuto guardé un embarazoso silencio.

Ana María levantó hacia mí sus admirados y suplicantes ojos.

Parecía decirme:

—¿Por qué me tratais con tanta dureza?

Me dulcifiqué en seguida, ó mejor dicho, recobré un poco de mi sangre fría.

—Uno de los mejores criados de la casa quiere casarse con vos—la dije.—Me ha rogado que os preguntara si consentiríais en ser su mujer. Tiene un capitalito de unos veinte mil francos... y ganará otros tantos. Por nuestra parte, podríais quedaros en la casa, y con esto, al cabo de cierto número de años poseeríais una fortunita.

Ana-María movió tristemente la cabeza.

—Esperad—repuse.—Se trata de Fermín y yo le tengo tanto mayor cariño cuanto que no tengo que hacer más que elogios de sus servicios. Ved si os conviene la proposición, y contestadme.

Me expresaba tan tontamente, que mis frases se asemejaban á esas excusas que se dan á las gentes que le agobian á uno con pretensiones de una colocación que no puede dárselos.

Preciso es disculparme.

Jamás me había visto tan turbado.

¡Y era aquella infeliz mujercita, una criada, quien tenía la culpa!

Pero ¡qué flor de la juventud! ¡Qué actitud de esclava sumisa! ¡Qué labios tan suplicantes, implorando compasión! ¡Qué ojos tan llenos de fidelidad y de sumisión.

Lo que yo la decía la torturaba. ¡Era yo quien la hablaba de matrimonio, quien la aconsejaba que se uniera á un hombre, á un criado, á otro en fin!

En la mirada de sus lindos ojos había dolor, sorpresa, y una especie de tierna reconvencción por mi crueldad.

Aquella mirada decidió su destino.

—¿No quieres casarte?—la dije, apoderándome bruscamente de una de sus manos.

—No.

—Piénsalo bien.

—Es inútil.

—¿Rehusas?

—Sí.

—¿Por qué razón?

—No tengo ninguna.

—Sí. Dime la verdad. Lo deseo.

—Se apoderó de ella un temblor nervioso.

—¿No te atreves?

—No.

—Voy, pues, á decírtela yo.

Cayó de rodillas y uniendo las manos dijo:

—¡Oh! ¡os lo suplico!

La levanté y estrechándola contra mi pecho:

—¡Pues bien! — la dije — si tú no quieres que diga lo que tú piensas, yo sí quiero decirte lo que yo pienso! Desde que me fijé en tí, te admiro! Desde que te admiro, no hago más que pensar en tí. Desde que pienso en tí, te amo.

Dejó escapar un quejido.

—¡Oh! ¡Dios mio!

Y dulcemente, perdiendo el conocimiento, se deslizó de mis brazos al césped.

La levanté en un transporte de amor, la coloqué sobre mis rodillas y la cubrí de besos.

Poco á poco se reanimó por mis caricias.

Y entónces se lo conté todo; la impresión que me había producido el día que había quedado sola conmigo en la avenida Gabriel; el interés que me inspiraba y que se había cambiado poco á poco en verdadera adoración; no la oculté los escrúpulos que me detenían, el viaje á Vichy, durante el cual traté, no de obligarla, sino de cambiar los violentos deseos que me atormentaban en un afecto tranquilo y sólido: la imposibilidad de conseguirlo y por último, mi deseo de hablarla, y de concluir luchas inútiles, el día en que había sorprendido su secreto.

No me interrumpió.

Me escuchaba sumergida en un verdadero éxtasis.

Puse en juego para con ella todos los razonamientos que duermen la conciencia y ahogan los remordimientos.

No me era difícil convencerla.

Hacia mucho tiempo que me pertenecía.

—Yo también os amo — murmuró.

El ruido de unos coches que llegaban al castillo deshizo el encanto.

Al mismo tiempo la campana anunció que era hora de almorzar.

—Esta noche aquí—la dije con rapidez.— Ven. Te esperaré. Ni una palabra... Estaremos solos.

Puse un dedo sobre mis labios y la besé en los suyos.

—Esta noche á las nueve, añadí.

Se arrojó otra vez á mi cuello y huyó.

Yo me fui á la casa por otro camino.

Angela acababa de entrar, después de haber recorrido Deanville y sus inmediaciones, á fin de reclutar invitadas para un *garden party*.

(¿Por qué no hemos de decir sencillamente para una partida de jardín?)

La baronesa estaba muy satisfecha y se proponía revolver Lassez y echar la casa por la ventana para la fiesta.

Desde el día siguiente al de su llegada de Vichy había vuelto con entusiasmo á sus queridas costumbres, escaseando las expansiones demasiado cordiales y demasiado inocentes.

Resbalaba de nuevo por la pendiente, por donde ruedan las gentes de la alta sociedad con la velocidad de una avalancha.

¿Pero qué me importaba?

Angela era feliz y yo iba á serlo por mi parte.

—Todo cuanto hagais estará bien hecho, querida,—la dije galantemente.

—Sois un hombre encantador—me contestó.

Virginia andaba por las habitaciones inmediatas al comedor.

Cuando fui á entrar en él me detuvo y me dijo.

—¿Me permite el señor barón preguntarle cómo ha quedado el asunto?

—Mal.

—¿Rehusa?

—Sí.

—El señor barón debe haberle sermoneado muy duramente.

—¿Por qué?

—Porque ha vuelto consternada, con el rostro trasformado.

—He hecho lo que he pedido. Tanto peor para ella; á Fermin no le faltarán mujeres.

Virginia hizo un gesto apenas perceptible, como persona inteligente en el asunto.

—¡Oa!—dijo—como esa no las hay en to-

das partes, no se encuentran tantas... El señor barón puede recorrer por algún tiempo desde las Rocas-Negras hasta el Mosela antes de que encuentre una igual.

—Es posible. No es mala.

—El señor barón es descontentadizo. Es buena... pero muy buena... ¡y que buen corazón!...

Sentí vivos deseos de contestarla con acritud, pero me contuve y me entregué á la alegría que me causaba el recuerdo de mi cita con Ana-María.

Estabamos invitados á pasar la *soirée* en Villers, en casa de los de Magny.

Pretesté un malestar y dejé partir sola á Angela.

No hubiera sacrificado ella una ocasión de divertirse por cuidarme, aun que hubiera estado grave.

Aquel día era excusable porque no pretesté tener nada de cuidado.

La indisposición no tenía ninguna gravedad, y en verdad sentía tantos remordimientos como enfermedad.

Desde las ocho, vagaba por el parque con el corazón palpitante.

Esperé hasta la hora convenida.

Ana-María fué exacta á la cita.

Me pareció divinamente hermosa electrizada por el amor que resplandecía en ella.

A la claridad de las estrellas, la estreché contra mí corazón y la llevé á un pabelloncito japonés, escondido en medio de un mazo de magnolias y de acacias cuyas flores embalsamaban el ambiente.

Allí pasé las horas más felices que puede pasar un hombre.

De esas horas se acuerda uno siempre con embriaguez.

Son suficientes para iluminar una existencia.

Por dolorosas que sean sus consecuencias, no cree uno pagarlas demasiado caras.

Aquellas debian tener siniestras consecuencias para mí y para la desgraciada niña.